

Novela Descripciones para una boda donde ocurre todo y nada

Relato de un día gris

Julia Strachey
Precioso día para la boda

Traducción de Laura Salas Rodríguez

PERIFÉRICA
134 PÁGINAS
17 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Cuando en 1934 Julia Strachey (Allahabad, India, 1901-Inglaterra 1979) publicó la primera de sus dos únicas novelas, *Precioso día para la boda* (*Cheerful weather for the wedding*) –la otra fue *The man of the Pier*, 1951– su tío Lytton Strachey acababa de morir y el libro apareció en el catálogo de The Hogarth Press, la prestigiosa editorial fundada y dirigida por Virginia Woolf y su esposo Leonard, ella, Virginia, autora de *La señora Dalloway*, justificó la edición con estas contundentes palabras: “Creo que es asombrosamente buena”. En efecto, leída hoy, setenta y siete años más tarde, sigue siendo asombrosamente buena. No tiene sentido argüir que Julia Strachey era uno de los integrantes jóvenes del Grupo de Bloomsbury, o evocar su amistad íntima con la pintora Dora Carrington que la dibujó desnuda y le hizo un soberbio retrato al óleo en 1925. Lo que pesa es la calidad y el poder de sugestión de esta novela breve, sabia y concisa como una punta seca.

Precioso día para la boda relata un episodio en apariencia banal: el enlace de la joven Dolly Thatcham de 23 años con Owen Bigham, ocho años mayor y diplomático, que seguidamente ha de incorporarse a un destino en Latinoaméri-

ca. El escenario de la ceremonia es la antigua mansión campestre de la familia Thatcham; el día elegido de un mes de marzo de 1930 o 1931 no es precioso como se empeña en proclamar la trepidante señora Thatcham, sino gris y frío, y, además, sopla viento. Ahí se apunta la clave de lectura de lo que acto seguido se cuenta. La historia comienza con el confuso ajeteo de los últimos preparativos de la boda mientras van llegando los invitados, y termina cuando los novios (en ningún momento la narración se desplaza a la capilla donde tiene lugar el rito nupcial) ya se han marchado y los asistentes se van dispersando. Es decir, que lo que nos llega es el relato de lo que va sucediendo en el curso de unas pocas horas entre las paredes de la casa. Todo lo más que hacen los personajes fuera de ella es entrar y salir de la terraza que se abre al jardín.

Los protagonistas son la madre, la novia, su hermana menor y dos hermanos más pequeños, una tía, un par de amigas, un puñado de familiares más o menos excéntricos y sirvientes aturridos por tanto ja-

Destaca la calidad y el poder de sugestión de esta novela breve, sabia y concisa como una punta seca

leo. Y un joven, Joseph, amigo de Dolly, que se debate entre frustrar o no el enlace. La sensación es que contemplamos una sarcástica comedia de costumbres inglesa. Sin embargo, con solo el nervio de un lenguaje descriptivo sencillamente magistral –y creo que muy bien traducido– Strachey consigue que veamos el movimiento que sustituye a la acción (inexistente), al mismo tiempo que a través de detalles puntuales y diálogos briosos y sutiles, a primera vista insustanciales o disparatados, nos introduce por una rendija en la sinuosa subjetividad de los personajes. Con eso le basta para llevarnos hasta el fondo perverso que justifica el relato: y es que la frágil y titubeante Dolly acaba de sellar su alianza con la más absoluta infelicidad. Con plena conciencia de ello. Y su familia también.

Conocemos por los testimonios de los amigos que la vida de Julia Strachey, como la de Dolly, fue desdichada. Contrajo dos matrimonios pero ambos terminaron en ruptura. Recluida al final en su soledad, ni siquiera podemos saber de qué murió ni dónde. Es evidente que no poseía el genio ni la tenacidad artística de Virginia Woolf aunque sí asimiló (y muy bien por cierto) su magisterio, por lo menos en esta pequeña, agrídulce y brillante novela –rescatada en 1951– que sinceramente considero un auténtico regalo para el paladar de todo buen lector. |



Julia Strachey fue escritora, fotógrafa y modelo

PERIFÉRICA